



Jesús Veiga Alonso

El puerto del hambre

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Jesús Veiga Alonso

El puerto del hambre

Prólogo

Una vieja amistad me une con don Jesús Veiga Alonso, autor de este trabajo, amistad cultivada con comprensión, afecto y al calor de sentimientos y de inquietudes comunes. Juntos charlamos muchas veces sobre el pasado magallánico, que conoce tan bien, y juntos recorrimos los caminos que bordean el Estrecho, buscando los rastros de los adelantados y de los pioneros.

Hace más de veinte años me hablaba ya, apasionado por la personalidad de Pedro Sarmiento de Gamboa, a quien llamaba «El caballero de Galicia». Se dedicó a leer con entusiasmo y con ansias, cuanta obra hablara del primer colonizador del Estrecho de Magallanes. Y escudriñando las páginas de viejos libros, le pareció descubrir algo interesante: que la Ciudad del rey Felipe, de triste destino, no estuvo en el sitio que señalaban los mapas.

Un día me sorprendió, diciéndome que había resuelto el problema. La ciudad fundada por Pedro Sarmiento de Gamboa, el 25 de marzo de 1582, rebautizada por el corsario Thomas Cavendish, como Puerto del Hambre en 1587, después del trágico fin de sus pobladores, no estuvo asentada entre la punta Santa Ana y el río San Juan, como rezaban los mapas, sino que al norte de la referida punta, en un abra tranquila, apacible, que los lugareños denominan, justificadamente, Bahía Buena.

Jesús Veiga Alonso había explorado la zona, conocía palmo a palmo el terreno y había examinado detenidamente una serie de documentos y libros. En mayo de 1955, hace justo veinte años, me mostró un manuscrito, que había preparado sobre la vida del capitán Sarmiento, su malhadada expedición al Estrecho y el fracaso del primer intento colonizador. De los antecedentes se desprendería que la ciudad se fundó en uno de los cuatro rincones, antes de llegar a la punta Santa Ana, donde la acción del tiempo había respetado la respalda de piedra de la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación. Su trabajo fue publicado en el diario El Magallanes.

En esa misma época, en una entrevista de prensa, di a conocer su descubrimiento, ilustrando su planteamiento con algunas fotografías. Mas, nuestro intento de poner las cosas en su lugar, fue recibido con indiferencia, con una sonrisa compasiva y en algunos casos, con más de una burla. Los escépticos no concebían que el respetable gerente de una Compañía de Seguros y Cónsul de España, tuviera autoridad, como para enmendarle la plana a los historiadores e hidrógrafos.

Tuvo que llegar a Punta Arenas el profesor Joseph Empeaire, etnólogo y arqueólogo, con prestigio en La Sorbona, para que se interesara. El malogrado sabio, como todo hombre conocedor de la historia de Magallanes, admiraba la personalidad del capitán Sarmiento, y se preocupó de ayudar a don Jesús Veiga, a establecer la verdad en este aspecto, dándole el espaldarazo científico.

Tuve el privilegio de participar en las primeras actividades arqueológicas iniciadas por Empeaire y Veiga, junto con dos estudiantes, Armando Sánchez y Werner Lando: trabajando en el ribazo frente a Bahía Buena, para probar que ésa era la iglesia, rodeada por el campo santo, y descubrir los esqueletos, cuyo examen probaría su origen y causas de sus muertes. Es tema para largo. Ofrezco algunos documentos únicos y exclusivos, de esa importante labor, que aclaró una duda histórica.

El arqueólogo Empeaire exhumó con cuidado los seis primeros esqueletos, de un decapitado, un fusilado, un hombre con una pierna amputada, una mujer muerta en estado de gravidez, a los que más tarde, en trabajos de la Sociedad Arqueológica, se sumaron otros restos, hallados en el sitio en que estuvo la iglesia, o el hospital, encontrados en distintas posiciones, como que la muerte los sorprendió acostados y allí quedaron sus huesos, hasta que los cubrieron el polvo del humus y el olvido.

Hoy día, en el mismo sitio, quedan sólo restos de la muralla, dañados por la irrespetuosidad de los intrusos. Y a pocos metros, una tumba monumental, semejando un dolmen céltico, que guarda los restos allí encontrados. Dos placas, muy alusivas, colocadas por don Jesús Veiga, eternizan dos frases significativas: «Tanto he sufrido, que puedo llamarme mártir», pronunciada por el capitán Sarmiento; y otra que respira orgullo: «Aquí estuvo España», inspirada en el libro de Amancio Landín Carrasco, sobre la personalidad de Sarmiento.

Cuando la firma Hernández Hermanos instituyó el Premio «Pedro Sarmiento de Gamboa», para estimular a los magallánicos que han destacado en el estudio, el cultivo de la literatura, el periodismo, el folklore y el deporte, sugerí a don Luis Hernández Tapia publicar en folleto, para una mayor divulgación de la personalidad del Caballero de Galicia, este interesante trabajo de don Jesús Veiga Alonso. Accedió generosamente, encomendándome unas palabras de presentación, además de obtener las ilustraciones, que he tomado de mi archivo fotográfico.

La publicación de esta obrita constituye un estimable aporte al conocimiento de las grandes figuras del pasado magallánico y de uno de los hechos más heroicos y conmovedores de nuestra historia regional. Fue escrito por un hombre nacido en las costas gallegas, que en su infancia en Galicia, igual que el audaz Sarmiento de Gamboa, soñó con venir a la ribera del Estrecho, a luchar por el progreso de estas tierras. Y que porfiado y tenaz, luchó sin desmayo, quizás con la misma hada madrina, porque no lo acompañó la fortuna. Pero dejó afectos y gratos recuerdos. Y porfiado también, no cejó hasta dejar las cosas en su lugar y entregarnos las reliquias de la Ciudad del rey Felipe, cuyo descubrimiento permitió sacar del olvido la memoria del Caballero de Galicia, a quien hoy se recuerda doblemente, con el concurso que organiza Hernández Hermanos, y con la publicación de esta pequeña obra, dedicada a todos los magallánicos ávidos de conocer la

historia de su tierra, sobre todo a la juventud estudiosa, para que oriente su vida, en el ejemplo de los grandes hombres.

Oswaldo Wegmann N.

- I -

391 años se han cumplido desde que Pedro Sarmiento de Gamboa hizo el primer intento de colonizar y poblar el Estrecho de Magallanes.

Para la casi totalidad de los habitantes de la provincia de Magallanes, es completamente ignorado un hecho histórico tan trascendental; para unos pocos estos hechos no son desconocidos, a través de la historia general, y los menos son los que están en posesión de un conocimiento mayor -no digamos cabal, porque ello es casi imposible- de esta heroica y magna empresa, frustrada por el destino y de su trágico fin, producto de la fatalidad.

Después de varios años de cavilar e indagar, ayudados por las recopilaciones de las Relaciones y otros documentos existentes en los Archivos de Indias, publicados por diversos biógrafos e historiadores, conjuntamente con otros datos obtenidos particularmente -parte de ellos en el terreno mismo- hemos llegado a tener un conocimiento más completo de lo ocurrido aquí, lo que nos permite estar en condiciones de poder ilustrar al lector, de manera sucinta, sobre la proyectada colonización en las tierras que circundan el Estrecho y la fundación de las dos ciudades que darían mayores frutos para la Corona de España y asegurarían el tráfico de sus galeones y navíos por el fortificado canal.

Siempre que no nos veamos impedidos de hacerlo y contando con la benevolencia del lector, trataremos de dar publicidad a la vida y viajes de «Caballero de Galicia», genuino ejemplar del legendario siglo XVI, especialmente lo sucedido en estas tierras.

El «Comité de Recordación Pedro Sarmiento de Gamboa y de Investigación de su obra en el Estrecho de Magallanes», del Centro Gallego de Punta Arenas, inició así otra fase de la labor que se ha impuesto y, por su encargo, iniciamos esta publicación, sin encuadrarnos mayormente en el orden cronológico de los hechos.

Preciso es hacer notar que Pedro Sarmiento de Gamboa, buscando la entrada desde el Mar del Sur (Pacífico), la que encontró y fue el primero que atravesó el Estrecho hasta el Mar del Norte (Atlántico), dio y cambió nombres a los lugares y puntos que iba reconociendo. (Primer viaje al Estrecho desde el Perú a España, 11 de octubre de 1579 a 17 de agosto de 1580).

La fatalidad será el hada madrina que acompañará al ilustre navegante en esta última etapa de su vida y lo que pudo ser y debió ser una obra grandiosa, fue en cambio una enorme tragedia, con todo su cortejo de hambre, miseria, desolación y muerte.

A 27 de septiembre de 1581, saliendo de la barra de San Lúcar de Barrameda, izó velas la armada preparada para esta jornada rumbo al Estrecho de Magallanes. Era general de ella, Diego Flores de Valdés, quien venía de muy mala gana y entorpeció lo más que pudo el desarrollo de la expedición. Pedro Sarmiento de Gamboa, aunque con cierto mando debido a su experiencia y grandes conocimientos de la navegación, tenía el título de Gobernador y Capitán General del Estrecho. A los pocos días de viaje, un fuerte temporal hizo grandes estragos que ocasionaron la destrucción de algunas naves y muchas pérdidas de vidas y pertrechos, lo cual obligó a la expedición a regresar al punto de partida. Sarmiento se había opuesto a esta salida, recomendando esperar el cambio de luna porque podía ocurrir lo que ocurrió.

Reparados los daños y reabastecida la armada y después de vencer Sarmiento todos los inconvenientes y contratiempos imaginables, incluso el tener que alquilar un barco por su cuenta para alcanzar al General, que se hizo a la vela sin esperarlo, emprendieron nuevamente la derrota el 9 de diciembre de 1581, y después de un viaje accidentado y una invernada larguísima en Río de Janeiro, recién el 2 de noviembre de 1582 dejaron este puerto y entraron por la boca del Estrecho hasta tres leguas adentro, el 17 febrero de 1583, pero los vientos contrarios no permitieron tomar tierra y obligaron a las naves a salir al mar abierto. A pesar de las insistencias y protestas del Gobernador, de volver a entrar aprovechando una bonanza, el General no quiso saber nada más y ordenó volverse, pues, sus deseos eran de arribar cuanto antes a España, entrando nuevamente a Río de Janeiro el 9 de mayo de 1583.

Otra larga invernada, reparación de las naves, reabastecerlas, etc. El General se volvió a España dejando sólo tres navíos, uno de ellos medio deshecho, y dos fragatas a cargo del almirante Diego de la Rivera, y a Pedro Sarmiento «con determinación de morir o hacer a lo que vino o no volver a España ni a donde lo viesen gentes jamás».

Puede imaginarse el lector la de robos, desertiones, asesinatos, conatos de sublevaciones, enfermedades y muertes, amén de los naufragios, ocurridos durante este largo y penoso viaje y los afanes y angustias de Sarmiento, que todo lo quería arreglar y remediar para bien de su Rey y gloria de España, recibiendo en cambio oposiciones y contrariedades sin fin.

El 11 de diciembre de 1583 zarpó la reducida flota de Río de Janeiro y con buenos y malos tiempos llegó al Estrecho el 1.º de febrero de 1584. Entró el día 2 y, estando ya entre las dos angosturas, tuvo que volver a salir. El 4 de febrero, con un viento favorable, entraron sus naves nuevamente y ¡por fin! pudieron desembarcar sus tripulantes al abrigo del Cabo de la Virgen María («El Cabo de las Once Mil Vírgenes, que yo nombré de la Virgen María»). En un batel, acompañado del capitán Gregorio de las Alas, almirante, el Piloto Mayor, Antón Pablos y diez hombres, Sarmiento, portando una cruz grande, espada y rodela, fue a tierra y subiendo a lo más alto de la playa, donde se descubría una llanada muy pareja, tomó posesión de las tierras de que era Gobernador, con las siguientes palabras:

«Yo, Pedro Sarmiento de Gamboa, Gobernador y Capitán General de este Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes, y de las poblaciones que en él se han de

hacer y de las provincias sus comarcas, por Su Majestad, a gloria y honra de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y de la gloriosísima Reina de los Angeles, siempre Virgen Sancta María, abogada y señora nuestra, madre suya, tomo y aprehendo actualmente, y con efecto, posesión pacíficamente y sin contradicción alguna, de esta tierra, a la cual nombro el asiento de la Purificación de nuestra Señora, y de todas las demás tierras comarcas y con ellas continuas y condignas, y de todo este dicho Estrecho por mí de nuevo nombrado de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes, como digo, desde la boca y archipiélago del Mar del Sur hasta esta boca que sale a la Mar del Norte, que ambos a dos y cada una dellas están en cincuenta y dos grados y medio, y de todas las islas, puertos, bahías, ríos, puntas, cabos, promontorios y costas y poblaciones dél, y de los montes y valles, llanos, altos y bajos, mediterráneos, a una banda y a otra de las tierras del sur y norte, hasta los límites y confines donde hasta hoy no está poblado actualmente por otro capitán alguno por mandato de Su Majestad, y del mar océano, y mediterráneos a las dichas tierras adyacentes y con términos, añadiendo fuerza a fuerza y posesión a posesión de los que los años pasados yo asimesmo tomo en este dicho Estrecho. La cual posesión tomo y apelando en nombre del muy alto y muy poderoso y católico señor Don Felipe, gran Rey de España y sus anexos, y de su real corona de Castilla y León, como cosa suya propia que es, y para él y sus herederos y subcesores. Y en señal de posesión planto esta Cruz, y dello sean testigos para en guarda del derecho de Su Majestad».

Fue plantada la cruz, se cantó el Te Deum laudamus y el Vexilla Regis Prodeunt y sacando la espada de la vaina, cortó hierbas y ramos y mudó piedras, según era el ritual. Quedaba así tomada la posesión de su territorio y no quiso volver a bordo. Su tan acariciado sueño era una grata realidad, pero su hada madrina estaba a su lado.

- II -

Se comenzó el desembarco de parte de la gente -un poco más de 200 personas- y pertrechos. Velas, paños, y tiendas se utilizaron para armar los toldos a fin de cobijarse y guardar las vituallas, armamentos y demás materiales. Los bateles que llegaban a la playa, eran varados y sacados a tierra para descargarlos, pero la costa era brava y la mar de la playa se embraveció tanto que los bateles zozobraban y se hacían pedazos, perdiéndose muchas cosas de las que ya venían escasos y en sus esfuerzos por salvar lo más que se podía, la gente se metía en el agua, a veces hasta la boca.

En varias ocasiones, por los fuertes temporales y tormentas, se cortaron las amarras y las naves salieron mar afuera y otras tantas, aprovechando bonanzas, volvieron a entrar al mismo surgidero y, en vista de ello, se llegó a un acuerdo entre Pedro Sarmiento y Diego de la Rivera que, para abreviar, se varara en una pleamar la nave Trinidad, cargada como estaba, a objeto de poderla descargar y aprovechar los basamentos y municiones, su clavazón y maderas. También se había concertado que la nave Santa María de Castro quedara, completamente equipada, para el servicio en el Estrecho.

La noche convenida y habiendo calma completa, Sarmiento encendió dos fuegos en la playa que indicaban el lugar apropiado para la varadura, pero la maniobra no se hizo, a

pesar de haber esperado toda la noche con su gente. Comprendió el motivo; tenía que dar certificaciones y recomendaciones no merecidas y aun más, firmó recibos por cosas que ya no existían, pues fueron negociadas antes, y otras que una vez entregadas las naves, habían sido retiradas de ellas, teniendo que volver a adquirir, de su propio peculio, aquellas de mayor necesidad, a los mismos que las sustrajeron, entre otras, unos barriles con hachas para cortar maderas para la fortificación «porque las del Rey se hablan perdido y hurtado casi todas y no había con qué cortar madera».

El sábado 17 de febrero, habiendo vuelto las naves al Estrecho y surtidero de la playa, se procedió a la maniobra de varar la Trinidad. Las propias palabras de Sarmiento nos explicarán mejor lo ocurrido...

«Diego de la Rivera y Antón Pablos fueron de la nao Trinidad, y dando vela fueron con ella a la vuelta de la playa para vararla. Sarmiento estaba en tierra con toda la gente, para, en dando en seco, socorrerla y ayudar con cabos y guindaresas, apuntalarla y ponerla como quedase derecha, y descargarla, como sin falta se hiciera, sin perderse nada, si el general y el piloto mayor no lo hicieran, como lo hicieron. Los cuales, llegando con la nao cerca de la tierra, a media marea vacía, y halando la gente de tierra de un cabo para sacalla y enderezar la proa a tierra, se quebró, y aunque Pedro Sarmiento pidió otra a los del navío, que eran Diego de la Rivera y Antón Pablos, nunca se la quisieron dar, y atravesaron la nao en medio de la reventazón y resaca de la mar, que era grande, en tres brazas de agua, que casi tocaba en tierra con la quilla. Y viendo Diego de la Rivera y Antón Pablos el mal recado hecho, quisieronle soldar con otro mayor yerro y negligencia, y fue que desampararon la nao y se entraron en su batel sin dejar piloto ni hombre de mar que pudiese mandar ni dar un remedio, el menor del mundo, y aun sólo un pilotillo del barco perdido, que estaba concertado para quedarse y se le había dado principio de pega, se lo llevaron. Y así dejaron solo al capitán Andrés de Biedma, que estaba hecho cargo de la nao y cosas della como oficial real, manco de un brazo, que no entiende cosa de mar ni de navíos, (era capitán de artillería) y el pobre quedando desamparado con los pobladores y soldados, confuso y turbado, sin saber qué se hacer».

Sarmiento, cuando vio que el general y piloto mayor se iban ya en el batel, habló a voces altas, que se oyó muy claro, desde tierra, a los dichos Diego de la Rivera y Antón Pablos, diciéndoles:

«Señor general y señor piloto mayor, ¿cómo se van y dejan desamparado el navío, y la gente y municiones que en él quedan a tanto riesgo de perderse? Por amor de Dios, les suplico que no se vayan ni lo desamparen antes que la marea acabe de vaciar. Miren lo que importa remediarlo al servicio de Dios Nuestro Señor y al de Su Majestad. Miren que la vida de la gente que está en tierra cuelga de la salvación de esta nao, por tener, como tiene, toda la comida y municiones».

A lo cual muy secamente respondió Antón Pablos: «Dice el señor general que no quiere volver...».

Fueron inútiles nuevos ruegos, demandas y requerimientos; aun más, acordándose Pedro Sarmiento que a una legua de allí estaba en tierra un batel que había sido reparado, fue a

ese punto con gente y muy rápidamente lo echaron a la mar para socorrer a la nave varada, lo cual, visto por Antón Pablos desde la capitana fue otra vez a la Trinidad y en lugar de sacarla a más fondo para aguardar otra marea, dio orden a los de tierra que tirasen de la amarra, lo que dio con ella al través en la reventazón y resaca, y dando grandes balances con los golpes de mar que en ella se quebraban, se abrió por la popa. Hecho esto, Antón Pablos, abandonando la nave se volvió a la suya con los pilotos y marineros que quisieron seguirle. A media noche, en plena calma y bonanza, se hizo a la vela sin previo aviso, ni la correspondencia para el Rey se llevó, dejando a Sarmiento con su gente entregados a su propia suerte, pues, además, la nave María había sido despojada de todo lo bueno y más necesario: «La dejaron robada totalmente, hasta los clavos y candados». Sarmiento los calificó de acuerdo con la época..., «como si fueran turcos o infieles desconocidos y enemigos capitales que desearan la perdición y ruina de los que en tierra estaban, como que estuvieran concertados con los ingleses»...; y, más adelante, «usando de la mayor crueldad que brutos pudieran usar, sin fidelidad ni caridad ni conciencia».

No podía perder más tiempo el gobernador, pues, ya que la marea bajaba había que salvar lo más posible, especialmente la harina, habas, trigo, vino y el hato de todos los pobladores y soldados.

Volvamos ahora un poco atrás. Entre las entradas y salidas de las naves a y del Estrecho, una de las cuales demoró varios días, que creyeron los de tierra que ya no volverían, hizo Sarmiento explorar los alrededores en busca de agua, que no la había en el asiento de la Purificación de Nuestra Señora, la que hallaron a un cuarto de legua aproximadamente del lugar, en una loma que hace un valle y donde había 4 ó 5 fuentes. Llamáronle el Valle de las Fuentes y en este sitio, a 11 de febrero de 1584, domingo, a la una, después de medio día -para ser más exactos- Sarmiento hizo el acto de posesión y población y procedió a fundar la ciudad del Nombre de Jesús, con un ritual más amplio que la ceremonia anterior, pues, se paseó el estandarte real, se hizo un hoyo para principio de la iglesia y en él colocó una gran moneda de plata con las armas y nombre de Su Majestad entre dos planchas de fierro:

«Con año y día, testimonio e instrumento escrito en pergamino embreado entre carbón, por ser incorruptible, en una botija, con el testimonio de posesión; trazó la plaza mayor, arboló picota, señaló solares, niveló calles, nombró cabildo y regimiento y regidores para la ciudad, etc. Exhibiendo las cédulas reales, le reconocieron como Gobernador y Capitán general y le juraron fidelidad; arengó a la gente haciéndole ver sus deberes, obligaciones y las recompensas que recibirían, los exhortó al trabajo y recomendó a los casados que pusieran faldas encinta para poblar».

Durante estos días, con los pocos alimentos desembarcados y para alargar las escasas raciones (más adelante tuvieron que hacer lo mismo con más necesidad) se alimentaban con «unas raíces dulces y sabrosas como chirivías que podían servir de pan asadas y cocidas y hallamos tanta cantidad de uvas negras de espinos (calafates) sabrosas y de sustento que a grandes sacos las traían y comían» y con mejillones que hallaron en un estero del mar «con que la gente se sustentaba sin echar menos la falta de ración, porque era muy poca la que se daba, sólo para entretener lo que se hallaba de raíces y mariscos».

Con gran coraje iniciaron la construcción de la ciudad y los labradores y hortelanos rompieron la tierra para depositar en ella las semillas que, promisoriamente, germinarían y sus frutos les darían el necesario alimento.

Llenos de fe quedaron en las tierras del Estrecho, que serían su tumba, 337 personas, excluyendo a Sarmiento, entre las que había: los franciscanos Fray Jerónimo de Montoya y Fray Antonio Rodríguez, 58 pobladores, 13 mujeres, 10 niños y niñas, 22 de oficios varios y el resto soldados y marineros.

- III -

Como era natural, recibieron las primeras visitas de los indios y la admiración de los españoles fue oírlos decir: «¡Paz, paz! ¡Jesús María! ¡Capitán, capitán!»; y algunas otras palabras castellanas. Por señas parecían indicarles que la tierra adentro era mejor que ese sitio y que más adentro había gente con barbas, vestidos y con botas, como ellos, lo que hizo suponer a Sarmiento que, o bien eran españoles de Chile, Tucumán y otras partes cuyas noticias de su existencia se transmitían los indios o restos de expediciones anteriores que habían naufragado por esas comarcas y de ellos habían aprendido esas palabras. Los indios fueron regalados y seguramente que para demostrar su agradecimiento, pues no se explica Sarmiento las causas, («o por sacrificio que hiciera al Demonio») uno de ellos se metió en la boca una flecha de casi una vara de largo tragándola hasta las plumas y la volvió a sacar llena de sangre; otros dos se comieron una pluma de avestruz, larga como un brazo, tomándola cada uno con la boca de cada extremo hasta juntar sus bocas, sin dejar rastro de ella...

No obstante todas estas demostraciones de aprecio, una visita nocturna de los indios a la ciudad en construcción, dejó a dos españoles heridos por los flechados.

Pedro Sarmiento nombró a Juan Juárez de Quiroga, capitán de la Santa María de Castro, y le mandó que aparejase y estuviese listo para, con el primer tiempo favorable, partir con el navío y seguir hasta el río de San Juan de la Posesión o a los rincones de la Punta de Santa Ana, dándole al piloto el derrotero y carta de navegación con las instrucciones pertinentes. Si Sarmiento podía embarcarse iría con ellos, pero si el tiempo venía a propósito antes de que él se embarcara, que siguieran de largo y lo esperasen en los lugares indicados, pues iría por tierra.

Embarcadas la fragua, el hierro, acero, artillería y demás, como asimismo gente de oficios varios, al Gobernador le fue imposible hacerlo porque la tormenta se lo impidió y en la noche del 3 de marzo, con su sudoeste fuerte, se rompió la única amarra de la nave y la obligó a salir afuera del Cabo.

Al día siguiente, domingo, volvió a entrar con viento favorable continuando el viaje de conformidad con las señas que le hizo Sarmiento al capitán, siguiéndola por tierra durante tres leguas hasta perderla de vista, pareciéndole que embocaba la primera angostura, lo que efectivamente fue así y continuó viaje con las consabidas alternativas de vientos y mareas

favorables y contrarios, accidentes varios, incluso varaduras, algunas de ellas muy peligrosas.

Aquí vamos a hacer un pequeño paréntesis. Al lector que haya tenido la paciencia de seguir estos relatos, le habrá llamado la atención que a cada momento las naves cortaban sus amarras y eran sacadas fuera de los fondeaderos y del Estrecho y podrá pensar que hemos tratado de exagerar el asunto. Sin embargo, no es así; por el contrario, hemos sido parcos al referirnos a ello y vienen a nuestra ayuda, para confirmarlo, las ventoleras tipo huracán que nos visitan, especialmente las de días pasados, que son, justamente, por los mismos días de la estación en que los acontecimientos antedichos se desarrollaron. Si a ello se agrega el blanco que presentaban los navíos, que los cabos no serían tan resistentes como los de manufacturación actual y que los ventarrones fueran más fuertes (queremos suponerlo), queda entonces plenamente justificado lo relatado.

El 16 de marzo fondeó la nave María en una ensenada que demora al sudoeste del Cabo de Sancto Antonio de Padua (Punta Arenas, seguramente), donde hallaron un río de agua salada -«que corre a la mar»- y que llamaron el Río de Juan Juárez. El nombre no perduró.

Mucho tiempo nos tuvo preocupados esta referencia, pues, nunca habíamos sabido de la existencia de un río de agua salada, hasta que al fin dimos con él: el de Santa María, en la bahía de Agua Fresca. Los que viajan por el camino sur habrán observado que este río, después de pasado el puente, corre entre el camino y un lomo de pedregal y arena por largo trecho y hasta más allá de su desembocadura natural, que actualmente está a un kilómetro del recodo antes de llegar al puente. Con las altas mareas el agua del mar entra hasta más arriba de este recodo impregnando la tierra con sus sales y arrastrando en los temporales «lamilla», de la que hay mucha en esta parte. Pueden comprobarlo muy fácilmente los que lo deseen en esta época en que el río trae muy poco caudal y, en baja mar, el agua es salobre hasta más arriba del mencionado recodo.

Proseguido el viaje en demanda del Río San Juan, llegaron a esos parajes y explorada la costa, encontraron los cuatro rincones que están juntos con la punta de Santa Ana y en el segundo rincón hallaron un puerto muerto, muy bueno, abrigado de todos los vientos con excepción del Sudeste, que sopla poco, y en el cual fondearon amarrando la nave a tierra, comenzando luego a desembarcar los basamentos y a rozar el monte a la espera del Gobernador. Bautizaron este puerto con el nombre de San Blas, que tampoco ha perdurado.

En la ciudad del Nombre de Jesús, Sarmiento esperó los tres días convenidos por si tiempos contrarios hacían volver la nave. En el ínterin, se ocupó de todos los detalles referentes a la construcción de la ciudad y preparativos para la fortificación de la primera angostura, emplazó algunas piezas de artillería en estancias convenientes para defensa de la ciudad, ya comenzada a cercar, dio las instrucciones necesarias, repartió parte de sus ropas entre los pobladores y soldados más desnudos, dejó en su lugar a los capitanes Andrés de Biedma y Pedro Íñiguez y eligió a 94 hombres, medianamente equipados, a los cuales repartió ración de bizcocho para ocho días y un poco más de un cuartillo de vino, dando además a cada uno, una hacha, azada, pala o barreta de acero que no habían sido embarcadas. El 7 de marzo se puso en marcha hacia la Punta de Santa Ana llevando

consigo al Padre Comisario Fray Gerónimo de Montoya. Iniciaba así una caminata de cerca de 100 leguas.

Los que quedaron lo despidieron llorando con gran pena, pues, como se lo manifestaron, si Sarmiento, a quien consideraban no sólo como un jefe sino más que nada como un padre, los dejaba, no los habla de volver a ver más y que así se perderían del todo.

Desgraciadamente, este triste presentimiento se cumplió.

- IV -

El viaje por tierra fue una marcha que bien se puede calificar de atroz. Ya a los pocos días caminaban descalzos porque las alpargatas se rompieron de podridas que estaban y la escasa ración -que algunos desordenados se habían comido en dos días- era ayudada con las frutas silvestres que hallaban a su paso o con mejillones cuando, después de largos rodeos por tierra adentro, motivados por las marismas y brazos de mar, daban nuevamente a la playa, siempre que no fuera en la pleamar.

Pasada la punta de San Gregorio se encontraron con un reducido grupo de indios, cuyo jefe, alzando las manos, dijo a grandes voces las palabras castellanas que mencionamos en la reseña anterior. Sarmiento recibió muy cariñosamente al jefe haciéndole regalos y, por señas, supieron que el navío había pasado por allí y que aquel brazo de mar entraba mucho y daba una gran vuelta. Aquí el indio hizo lo mismo que el otro en la ciudad del Nombre de Jesús: se metió la flecha por la boca hasta las plumas y la volvió a sacar llena de sangre, golpease el pecho y se paseó muy arrogante como demostrando haber hecho una gran hazaña. (Nosotros estimamos que puede considerarse como tal).

Se despidieron y prosiguieron viaje. Como no había camino ni guías, Sarmiento iba adelante descubriendo y buscando paso, guiándose por la aguja de navegar pero, a poco de haberse separado de los indios, éstos volvieron a aparecer muy aprisa con las flechas atravesadas sobre sus cabezas y los arcos preparados, y cogiendo a los españoles por la retaguardia, sorpresivamente, comenzaron a flecharlos produciendo el pánico consiguiente, por lo que, al usar los arcabuces, unos no dispararon y «los indios se reían de los truenos, viendo que no recibían daño alguno». Corrió Sarmiento a la retaguardia y a jinetazos hizo volver a los que huían y reorganizarlos, pudiendo detener a los indios, cuyo jefe fue muerto de un tiro de arcabuz y la mayor parte de ellos heridos, con lo que se produjo la fuga; pero, al mismo tiempo que huían, flechaban hacia atrás, con tal arte que las flechas iban sobre las hierbas o a ras de tierra para herir en los pies a los perseguidores.

Entre los españoles hubo diez bajas: un muerto por una flecha que lo atravesó desde la espalda a la tetilla del corazón, y nueve heridos, de los cuales uno murió en el camino y otro se quedó a morir entre unos calafates.

Los perros no pelearon y, a título de curiosidad, transcribimos la parte que él mismo relata:

«Traían perros de ayuda, barcinos, de trailla, muy mayores que los grandes de Irlanda, que los hay muchos en aquella tierra y los usan traer para la guerra, y pelean perros contra perros, y aun contra los hombres contrarios... y fue de notar una cosa: que los perros de los indios y los nuestros arremetieron los unos contra los otros, rabiando y llegando a cuatro pasos los unos de los otros, tornaron huyendo los unos a una parte y los otros a otra, sin tocarse, y nunca más los pudimos hacer que se embistiesen».

Por estos mismos lugares, cita Sarmiento haber tenido ya una refriega con algunos de los naturales cuando vino la primera vez del Perú, en enero de 1580.

Haciendo una fogata, calentó un poco de aceite y con ello quemó las heridas de los lesionados y las vendas fueron pedazos de su camisa y de la toalla, pues «que no llevaban otras».

Gran trabajo fue continuar la marcha con los heridos y la gente hambreada y cansada, ya que, además de la demora en avanzar por los rodeos antedichos, había cuidarlos y alimentarlos, y así empezó a sacrificar las siete cabras de crianza que llevaba. Y cada mañana les asaba un cuarto y lo repartía a bocado por hombre, manjar que a partir del segundo día fue solamente para los heridos. De los perros que traían, tres desaparecieron y dos se los comieron a escondidas.

Con los pies sangrantes e hinchados, la gente se desanimaba y se quejaba, y nuestro buen Sarmiento recurría a todo: repartió un costal de zapatos de cuero de vaca -que habían sido hechos en la Ciudad de Jesús «que costó cada par más de tres ducados»- a los más necesitados, a otros, pedazos de pellejo de las cabras para que los usaran como abarcas y a otros, pedazos de sombreros. No obstante, todas estas solicitudes y sacrificios la murmuración iba en aumento, pues desconfiaban de encontrar el navío y creían que Sarmiento iba errado y morirían sin remedio. Aunque éste lo disimulaba y los consolaba, algunos se metían secretamente en los bosques -uno de ellos se fugó- viéndose obligado a poner pena de la vida al que viese a su camarada salir de la fila y no diese noticia de ello.

Después de haber andado unas 70 leguas, llegaron a la zona boscosa que era el límite de la tierra de la gente grande y la de la gente pequeña (Sarmiento no los mencionó como «gigantes», como otros exploradores, sino «gente grande», cuyo nombre conserva la bahía de ese nombre) y encontraron en los árboles unos racimos de «agallones» (agallas del roble) verdes, blandos y de sabor de castañas, que los soldados hallaron sabrosos y los comieron como pan, con el resultado de que a muchos les cayeron como piedras en el estómago y se les hinchó la barriga a reventar. Esta nueva calamidad vino a sumarse a las otras, incluso lluvias y frío, contribuyendo a aumentar la desconfianza y desánimo de la tropa.

Avanzando dificultosamente, alrededor del 22 de marzo llegaron a las cercanías de la Punta de Santa Ana y aquí, ignorando la proximidad del fin del penoso viaje, no quisieron seguir adelante, con gran sentimiento del Gobernador que, en lugar de capitanear un grupo animoso y aguerrido, conducía un conjunto de enfermos, heridos y desfallecidos.

Con una brillante arenga (magnífica pieza que daremos a conocer), trató de animarlos a proseguir y, no obteniendo resultado, tomó sus armas y mochila y se puso en marcha, seguido sólo de unos pocos y el Padre Comisario. A poco de andar, la vista fija en el mar, vio aparecer por la punta de un arrecife el batel con el que los del navío iban a buscar paja para cubrir las casas. El regocijo fue inmenso. Hizo venir la barca y chalupa, con alimentos y vino, y fueron todos reconfortados; los más enfermos, flacos y heridos, llevados a bordo y los demás prosiguieron a pie.

Llegados al puerto de San Blas (rincones de Punta Santa Ana) hizo cortar madera y construir -y él mismo trabajó duramente- una gran choza para alojar la gente. Reconoció los alrededores hasta la Bahía de Santa Brígida (San Nicolás, con toda probabilidad) donde halló todas las señales que había dejado en el viaje anterior desde el Perú y en la Punta de Santa Ana, «un cuarto de legua de este puerto», halló los palos de la cruz que había plantado, una daga y los cascotes de una botija, en que había puesto las cartas de posesión, pero éstas no estaban.

Reconoció otros dos ríos grandes -hoy pequeños- entre el de San Juan y la Punta Santa Ana «de tierra llana y muy linda madera, pero sin puerta. Y porque en el de San Blas había todas las comodidades necesarias para poblar y dar puerto a naos, determinose poblar aquí».

Habían andado más de 80 leguas -que en navío eran 25- y tardaron 15 días, con sólo la pérdida de cuatro hombres. Jornada épica propia de ese siglo... y de la raza.

- V -

He aquí lo que en su discurso Pedro Sarmiento de Gamboa dijo a sus hombres:

«¡Hermanos, compañeros y amigos míos! Viendo vuestros trabajos y necesidades, y las siento, sin hacer caso de las mías, tanto y más que vosotros, como quien tiene a cargo de remediarlo todo, si pudiese, veo la mucha causa que ha habido para que haya yo venido a tanta flaqueza y trabajos.

Dios perdone a quien ha sido la causa de que se perdiese todo lo que venía para nuestro sustento, por donde hemos venido a tanta miseria. Pero también veo que sois españoles y mancebos, que pocos días atrás todo el mundo era poco para vosotros, y así lo prometíades, y con esta determinación os ofrecisteis para hacer conmigo esta jornada de la ciudad del Nombre de Jesús, de donde si vosotros no viniéades, otros vinieran; y escogíós antes que a los que allá quedan, porque os ofrecisteis, con lo cual os obligasteis a mucho más de lo que padecéis y podéis padecer.

No sois vosotros los primeros españoles que en Indias han pasado más y perdido más, sin tener refrigerio ni ayuda del Rey, como vosotros la habéis tenido casi tres años ha, de ración, armas y pasaje y paga, cosas que obligan a animarse los hombres hasta morir trabajando por el Rey. Francisco Pizarro viejo era, y al cabo de haber andado gastando todo lo que tenía él y Almagro y todos sus compañeros, y al fin de ocho años de haber andado en manglares, la más mala tierra de Indias, y queriendo Pedro de Los Reyes, gobernador de

Panamá, que dejase aquel descubrimiento, por ser la era malísima y de grandísimos trabajos y ningún provecho ni esperanza dél, porque así se lo habían escrito los que con Pizarro andaban, los flojos luego se embarcaron para irse. Y diciendo muchos a Pizarro, que le veían determinado quedarse, que se quedarían con él, sacó la espada de la cinta Pizarro, y dijo haciendo con ella una raya en redondo: 'El que quisiera quedar conmigo, entre luego en esta raya'. Y entraron doce solos, con los cuales se quedó en la Isla del Gallo, donde no comían sino algún cangrejo y hojas y huesos de mangle, teniendo ordinariamente guerra con los indios. Y con el buen ánimo, aunque luego se hincharon y hincharon de sarna y verrugas, sustentaron mucho tiempo, hasta que vino Almagro en socorro, y pasando adelante, con mayores peligros que los pasados, dio y halló el Pirú, donde tanta grandeza hay ya hallado, como sabéis.

El Marqués del Valle, sin saber qué tierra era México, aportando a la Villa Rica, malísima y enfermísima tierra hasta hoy, por excusar semejantes cosas que estas nuestras, desbarrenó a los navíos, con que todos perdieron la esperanza de volverse a embarcar; y así, haciendo de la necesidad virtud y animándose, hicieron cosas que dellos quedó fama perpetua, y ganaron aquellos reinos tan grandes y deleitosos, adonde ellos y sus descendientes han sido honrados y engrandecidos, y son señores sus hijos el día de hoy.

¡Cuáles fueron aquellos inauditos trabajos que padeció Cortés y sus compañeros en el camino y descubrimiento de Honduras, por montañas, por ciénagas, por ríos, con hambre, enfermedades, muertes, desnudez y otras mil miserias, que sólo con sufrir y animarse y pasar adelante arrastrando hicieron hazañas de inmortal memoria! Pues antes de éstos, ¿quién pasó tantos trabajos como Basco Núñez de Balboa y sus compañeros desde la Antigua hasta la Mar del Sur, por tierra, en guerras, hambres, enfermedades? Con perseverar él, vino a ser Adelantado del Mar del Sur, y sus amigos, que le siguieron, señores, capitanes y gobernadores, por sólo sufrir. ¿Qué os diré de Montejo de Chiapa, don Pedro de Alvarado, en Guatimala, Cabeza de Vaca de la Florida, Domingo de Irala en el Río de la Plata, Baldivía en Chile, Benalcázar en Popayán, y otros muchos que sólo con sufrir y perseverar ganaron las Indias, con que el Rey nuestro señor es tan rico y temido y nuestra España tan honrada y esclarecida, y ellos tan ensalzados en las historias por todo el mundo? Y al contrario, los que desistiendo del trabajo comenzado volvieron atrás o se quedaron en el medio camino, totalmente se perdieron a sí y a sus compañeros, con infamia vergonzosa. Decidme, señores, todos son y somos hijos de un padre y de una madre.

Si por cierto que esto es fe, pues pregunto ¿quién hizo a unos señores, a otros siervos, ricos y pobres, pecheros y libertados? Las virtudes y los vicios, el trabajo y el ocio, el valor y la flojedad, el ánimo y la cobardía, el espantarse del trabajo o no estimarlo en nada. No hablo de los tiranos y salteadores, que el valor de éstos no es valor, sino desesperación y obstinación contra lo bueno. ¿Qué os aprovecha el haber trabajado hasta aquí, si a la puerta os quedáis sin refrigerio de comida ni otro albergue, donde dentro de cuatro días moriréis vilmente, especialmente si aciertan a venir por aquí indios, que sabéis que habéis hallado grandes rastros dellos por todo el camino que habéis andado? Mirad que dice Dios: 'El que perseverare hasta la fin, éste será salvo'. Y así, si os animáredes y perseveráredes hasta el fin que agora vamos buscando, que es el navío y nuestros hermanos que nos están esperando, seréis salvos de estos miedos y trabajos presentes, con ver allí donde habéis de poblar. Y tendréis comida y posesiones, y algún tiempo os holgaréis de poderos alabar de haber pasado por estas cosas y vencído las con sufrir y perseverar, y seréis ejemplo a los venideros. No quiera Dios que de vosotros se diga que hasta rendir el espíritu dejasteis de perseverar, que toda esta infamia redundaría contra mí, y esto no es nada: redundará

empero contra vuestro Rey y contra vuestra nación y patria, y decirse ha por todo el mundo que el Rey de España no tiene ya hombres como los solía tener antiguamente, conque hacía temblar la barca al turco, al moro, al francés, inglés y otras muchas naciones por mar y tierra. Muévaos la gloria que ganaréis con los privilegios y mercedes que Su Majestad hace a los que poblaren esta tierra en mi compañía, que son muchas, cuales jamás con nadie antes de agora ha hecho; que los muchos de muy ricos de España dieran sus haciendas y aventuraran sus vidas por poder ganar lo que tenéis casi ganando con sólo perseverar todo este día, sabiendo que si os quedáredes no hay razón para que penséis que han de volveros a buscar.

Mirad que de vuestra quedada redundarán muchos daños: morir vosotros; no hacer nada los que están en el navío, por ser pocos; perecer los de la Ciudad Jesús, que quedan confiados en nuestra venida; no hacerse cosa ninguna de aquellas para que quedamos y el Rey nos envió, de donde los indios quedarán soberbios, el Demonio victorioso, nuestros enemigos riéndose de españoles, y todos de nosotros. Que ya que nos determinamos a quedar donde otros no osaron, no fue para más de hacer nada, sino para ser carne de buitre. ¡Sacudid, españoles, esos fuertes corazones de tanta tibieza! Bien creéis que yo voy delante y os descubro los caminos primero, y rompo las montañas antes que vosotros, por donde paséis, sin tener quien me abra un palmo de camino, y todo lo tengo por bueno, por daros descanso. Y ojalá con mi sangre se restaurara vuestra hambre, enfermedades y necesidades, que mil veces os la diera cada día. ¡Ánimo, ánimo, cristianos! Ayudaos, que luego sentiréis el favor de Dios, que nunca desamparó a los suyos y socorre en las mayores necesidades. Confiad, confiad firmemente en Él, y luego seréis socorridos de su mano poderosa. Seguidme hasta aquella playa y punta que veis, que apenas hay una legua desde aquí allá, que espero en Dios que este camino hallaremos la nao; y si no la hallaremos, yo cumpliré lo que os tengo dicho, que ahí os dejaré y yo iré a buscarla por vuestro remedio, y así habréis cumplido con el deber. Y de otra manera os protesto delante de Dios de todas las muertes y pérdidas que por vuestra quedada subcedieran. Por tanto, el que me quisiere seguir, luego tome sus armas y pase delante a la playa».

¡Cuánta grandeza de alma, cuánto patriotismo y amor a la causa hay en estas palabras!

- VI -

Al 25 de mayo de 1584, Domingo de Ramos, después de la misa y procesión, como Gobernador y Capitán general de estas tierras, tomó posesión de ellas en el nombre de Su Majestad, campeando el estandarte real y diciendo a voces altas:

«¡España, España, España! ¡Estrecho de Magallanes y sus comarcas y provincias, por el rey don Felipe, Nuestro Señor».

(Nos llama la atención que no haya dicho «Estrecho de la Madre de Dios», pero así está en la transcripción de los originales).

Y con el ritual acostumbrado, procedió a la ceremonia de la fundación de una ciudad metropolitana que bautizó «Ciudad del rey don Felipe», colocando la primera piedra de la iglesia, que nombró Nuestra Señora de la Encarnación.

Como la fundación de la otra ciudad, arboló el rollo para la ejecución de la justicia, señaló la plaza y sitios para casas reales y de munición, cabildo, cárcel, hospital, etc., y luego, todo el mundo a trabajar. Lo que primero que construyó fue una capilla con la respalda de piedra y barro de mampostería y hecha la iglesia y las casas principales, se trazó la plaza de modo «que tenía por la fluente la plaza a la mar un gracioso puerto para cargar y descargar bateles, y a un lado un seguro puerto de 4 brazas de bajamar; y del otro lado otro de menos agua, y en cada uno agua dulce y sana, corriente».

Una vez terminada la construcción de la mayoría de las casas, se cercó el pueblo de palizada alta y gruesa, con dos puertas, una para el servicio de la mar y otra para el de tierra, para traer madera y leña. Asimismo, para guardar el puerto de San Blas, en un ribazo, a un lado y frente a la ciudad, trazó un baluarte y dos casamatas y dejó instrucciones para que cuando fuere terminado, se levantara otro en la otra en la parte del desembarcadero. Hizo sembrar habas, coles y otras hortalizas y algunos granos de trigo, «dejando el maíz para tiempo más caluroso». Como la tierra era fértil, las semillas brotaron pero no sabían de la crudeza del invierno.

El rollo de la justicia fue estrenado. Ya en el surgidero de la Purificación, algunos habían tramado asesinar al capitán y alzarse con la nave, pero como no hubo mayor acuerdo y el navío tuvo tiempo para entrar en el Estrecho y seguir viaje, no prosperó este intento. En San Blas, el cabecilla de esta conspiración siguió su mal propósito y con la llegada de Sarmiento, incitaba a algunos soldados a que disparasen sobre él. En conocimiento Sarmiento de lo que ocurría, inició el proceso correspondiente y aplicó la pena de muerte al principal del motín, Antonio Rodríguez, cuya cabeza fue puesta en picota, a otros dos condenó a diversas penas y el instigador de todo, Alonso Sánchez, se salvó, pues, como dijo ser clérigo (era un soldado que había tomado el hábito en Río de Janeiro para librarse de la prisión por delito grave), quedó su proceso abierto hasta averiguarlo.

También en la ciudad del Nombre de Jesús tuvo su estreno el rollo. Un grupo de soldados se amotinaron y se propusieron matar al teniente y demás oficiales y huir tierra adentro después de robar la casa de municiones, siendo ejecutado Sebastián Salvador, que se halló el más culpado.

No deben sorprendernos estos sucesos, Pues el descontento era grande. En tierras extrañas e inhospitalarias, semidesnudos, con los pocos alimentos que habían podido desembarcar reducidos a la mínima ración -no se daba ración de pan y harina sino de tarde en tarde y sólo a los niños y enfermos- teniendo, como hemos visto, que alimentarse mayormente de frutas silvestres y raíces, mejillones, lapas y algún pescado o caza, obligados a trabajar duro y forzadamente para poder terminar las construcciones antes del invierno, la soledad y las inclemencias del clima, amén de las escasas probabilidades de ser socorridos y otras causas, eran factores determinantes para fomentar estas insurrecciones que solamente una disciplina severísima podía refrenar.

El invierno se vino encima con todo su rigor y desde fines de abril les nevó doce días sin interrupción, lo que les impidió continuar las obras.

Sarmiento tenía que volver a la Ciudad de Jesús para llevar municiones y artillería a la primera angostura y gente al lugar más cercano de abundante madera, para comenzar a fortificar el verano siguiente. También estaba preocupado de buscar socorros en el exterior. Nombró por corregidor y alcalde mayor de la ciudad al capitán Juan Juárez de Quiroga y por capitán de artillería al alférez Francisco de Garnica, les dio órdenes e instrucciones, como igualmente a los alcaldes ordinarios y, despidiéndose de todos, zarpó con viento favorable al amanecer del 24 de mayo, llegando a la playa de la Purificación al día siguiente a mediodía (en otra Relación dice que salió el 25 antes del día y que ese mismo día, entrada la noche llegó al surgidero). Envió gente a tierra con recado de la nueva ciudad y de las cosas que debían embarcarse, pero cuando estaban en plena faena, el sábado 26, sobrevino un viento tan furioso que rompió el calabrote y quedó la nave sin ancla ni amarra -que eran las únicas que tenían- por lo que el fuerte viento y la corriente la llevaban y sacaban sobre los bajos con grave peligro de zozobrar.

Antes de que se produjera el naufragio, después de tomar tripulantes, con sentimiento de lágrimas públicas por no poder despedirse de sus amigos y compañeros, mandó hacer velas rumbo a Brasil -y de ahí a España- para dar cuenta a Su Majestad de todo lo hecho y ocurrido en el Estrecho.

Este 26 de mayo de 1584 fue el último día de su efímero gobierno y los pobladores del Estrecho quedaron desamparados para siempre a su propia suerte.

Su viaje a España fue una penosa peregrinación por las causas que muy extractadamente enumeramos, pues no queremos terminar aquí esta parte del relato dejando a la imaginación del lector los motivos que impidieron el regreso de Sarmiento, quien, durante todo el resto de su dramática vida, estuvo preocupado de sus caros gobernados que, por los azares del destino, no se volvieron a ver.

El 29 de junio arribó a Santos y muy a tiempo, pues sólo tenía harina para seis días y durante el trayecto se comieron los gatos, los cueros curtidos de vaca y de las abarcas y hasta los de las bombas «que les hacían más mal que la misma hambre».

El 7 de julio fondeó en Río de Janeiro, equipó su nave, hizo provisiones y convino con el envío de una patache con alimentos para los del Estrecho. Siguió a Pernambuco a negociar más alimentos y otras cosas necesarias y ya de vuelta, al querer entrar en Bahía, naufragó perdiéndose algunos hombres y la totalidad de lo que había adquirido. Compró un barco de 60 toneladas y volvió a Río de Janeiro; cargó algún ganado para cría, herramientas y municiones y el 13 de enero de 1585 partió para el Estrecho «por el amor que tenía de socorrer a sus compañeros».

Una terrible tempestad los sorprendió durante la navegación y después de haber tenido que botar al mar el ganado y todo lo que venía en cubierta, llegó nuevamente a Río 51 días más tarde con el «navío hecho en piezas», encontrando aquí el patache que había despachado antes y que regresó sin haber podido cumplir su cometido debido a las tormentas. El destino había determinado que los del Estrecho no serían socorridos.

Como pudo arregló su barquichuelo y, no quedándole otro remedio, partió para España el 26 de abril de 1586, o sea casi dos años más tarde de haber dejado su Gobernación. Cerca de las Azores fue hecho prisionero por los ingleses y conducido a Inglaterra en donde permaneció desde fines de agosto hasta el 30 de octubre de 1586, siendo recibido al final por la Reina Isabel, con la que habló más de hora y media en latín, «en que es elegante la Reina», de cuya conversación fue dejado en libertad y partió para Francia llevando, al parecer, una misión confidencial de Isabel para Felipe II. Entró semidesnudo y descalzo a un calabozo y salió del país como distinguido personaje. En Francia cumplió diversos cometidos y cuando se dirigía a España fue preso por los luteranos el 9 de diciembre de 1586, saliendo de la prisión, que llamó «Castillo Infernal», a mediados de 1590, tullido, encallecido y sin dientes, habiéndose pagado por su rescate 6.000 escudos y 4 caballos escogidos, rescate que ¡oh ironía!, fue deducido de lo que se le adeudaba.

Siendo almirante de una flota de galeones que venía a Indias a escoltar los navíos que conducían el oro, plata y otras especies, falleció en julio de 1592, contando 60 años, frente a las costas portuguesas, ignorándose si el mar fue su tumba o si fue enterrado en algún lugar de la tierra lusitana.

¡Hasta en esto lo acompañó su hada madrina...!

- VII -

Desesperados por la falta de alimentos y perdidas las esperanzas de recibir auxilio del exterior, los habitantes de la población del Nombre de Jesús se pusieron en marcha en demanda de la del Rey don Felipe, a la cual llegaron a mediados de agosto, pero, con ello, el problema se agudizó. Viendo Andrés de Biedma (a quien Sarmiento había dejado de Jefe) que no había comida suficiente para sustentar a tanta gente, acordó enviar al capitán Pedro Íñiguez, con 200 soldados, a la primera población, con orden de que fuesen mariscando y manteniéndose como pudiesen y, si embocaba en el Estrecho algún navío que les prestara socorro, le informaran de la gente que quedaba en la ciudad del puerto de San Blas.

Pasó un invierno y todo un verano y el ansiado socorro no llegaba y la gente seguía muriendo de consunción. Al entrar otro invierno, hicieron dos barcas y en ellas se embarcó el resto que quedaba en don Felipe: 50 hombres y 5 mujeres. Llevaban navegadas unas seis leguas Estrecho abajo y al llegar a los arrecifes de la punta de Santa Brígida, se perdió una de las barcas, salvándose sus ocupantes. Como no cabían todos en la otra barca, el capitán Biedma los distribuyó, dejando en tierra 30 hombres y las cinco mujeres y se volvió con el resto a la ciudad que había dejado abandonada. Estas 35 personas pasaron todo el invierno en diferentes partes de la costa, mariscando de día y recogiendo de noche en improvisadas chozas, hasta que, a la entrada del verano, se juntaron nuevamente en la ciudad. ¡Quedaban solamente 15 hombres y 3 mujeres! Los cadáveres ya no eran enterrados, no había ánimo ni fuerzas para ello.

En un último esfuerzo, decidieron ir a la primera población y por el camino iban encontrando los cadáveres de los compañeros que en número de 200 habían partido, aproximadamente dos años antes. A unas 4 leguas más adelante de la punta de San Jerónimo (en la boca misma de la primera angostura) divisaron tres navíos y la esperanza renació en sus acongojados corazones. ¿Serían navíos de España? A la caída de la noche fondearon los navíos en lugar abrigado y los de tierra les hicieron candeladas, contestándoles los de a bordo con faroles. A la mañana siguiente salió un batel, pero no fue hacia ellos sino que siguió a lo largo de la costa. El soldado Tomé Hernández y dos compañeros, con el permiso de su capitán, caminaron como media legua hasta enfrentarlo y supieron entonces que sus ocupantes no eran españoles sino ingleses: eran de la armada del general Tomás Candish o Cavendish, un joven rubio, quien también tripulaba el batel. Se entendieron por medio de un intérprete y Tomé Hernández se embarcó mientras los otros dos fueron a avisar a los demás que vinieran a embarcarse, pues los aguardarían.

En el ínterin, el batel se dirigió a la nave capitana y como el tiempo era propicio, se hicieron a la vela sin volver a buscar a los de tierra. Y ahí, quedaron, sumidos en la mayor desesperación y a la espera del fin de su martirio, los últimos españoles sobrevivientes:

14 hombres y 3 mujeres... y nada más se supo de ellos. Era el 7 de enero de 1587.

El 10 de dicho mes fondeó Cavendish en San Blas y estuvieron cuatro días aprovisionándose de agua y leña, resultándoles más cómodo deshacer las casas para ello. De los cuatro fortines desenterraron las piezas de artillería y se las llevaron. La ciudad la encontraron muy bien planeada y asentada en el mejor lugar del Estrecho por la facilidad de la leña y el agua, pero también había tantos cadáveres sin enterrar e inficionados que, ante un cuadro tan macabro, Cavendish lo llamó «Port Famine». Cuatro días más tarde abandonaron el siniestro lugar.

Desde Santa Brígida (San Nicolás, probablemente) hasta la entrada del Estrecho, quedó en la tierra ribereña un reguero de cadáveres que gritaban al mundo: «¡Aquí estuvo España!» (Amancio Landín C. -Vida y viajes de Pedro Sarmiento).

- VIII -

A la llegada de Cavendish a Quintero, Tomé Hernández aprovechó una ocasión para huir saltando a la grupa de la cabalgadura de un soldado español. De Santiago pasó a Lima y recién el 21 de marzo de 1620, o sea, 33 años después de haber dejado el Estrecho, fue llamado a declarar ante escribano y dio información de todo lo que sabía y había ocurrido en los dominios del Gobernador Pedro Sarmiento de Gamboa. Contaba a la sazón 62 años. Gracias a las salvadas providenciales, pudo este único sobreviviente dar las noticias- que quedaron para la posteridad- de la última etapa de la proyectada colonización española en estas latitudes y cuyo final fue tan trágico desenlace. Habrían de pasar 259 años de este primer intento hasta que el blanco volviera a poblar y colonizar estas tierras, esta vez por chilenos y con el resultado de todos conocido.

Conclusión

El relator de la expedición de Cavendish sitúa a «Port Famine» o «Puerto del Hambre» en el grado 53 sur, que, en las cartas modernas, corresponde al lugar entre Chabunco y San Francisco. En estas mismas cartas, «Puerto del Hambre» está en 53° 39', o sea, la bahía de San Juan, propiamente tal. Sarmiento situó el puerto de San Blas en 53 grados un tercio (si bien en su primer viaje marcó la Punta Santa Ana en 53° 1/2, largos), que es entre las puntas de Guairabo y Santa María y nosotros ubicamos este puerto de San Blas en 53° 37', que es el paraje exacto donde se fundó la Ciudad del rey don Felipe, según lo vamos a demostrar.

En el curso de las publicaciones hemos señalado diversas referencias, como ser, los rincones de la Punta de Santa Ana, la capilla con la respalda de piedra, las casamatas, etc. Pues bien, todo esto pertenece al lugar que queda entre Bahía Carrera y la Punta de Santa Ana y no entre ésta y el Río de San Juan. Al final de la cuarta publicación dijimos que Sarmiento reconoció otros dos ríos grandes -hoy pequeños- entre el de San Juan y la Punta de Santa Ana «de tierra llana y muy linda madera, pero sin puerta». Y porque en el de San Blas había todas las comodidades necesarias para poblar y dar puerto a naos, se determinó poblar aquí.

Más claro no puede ser esto y, a mayor abundamiento, agregaremos que hace años que teníamos ubicados dos de los cuatro fortines, aunque no sabíamos a ciencia cierta de qué se trataba; ahora tenemos ubicados tres, derruidos por la acción del tiempo, de los elementos, de los hombres y de los cuadrúpedos, inconscientes del daño hecho. Y últimamente, descubrimos los restos de una muralla de piedra que, no nos caben dudas, es la correspondiente a la respalda de la iglesia.

En consecuencia, repetimos que la Ciudad del rey don Felipe no fue fundada, como algunos creen, en San Juan y menos en la Punta de Santa Ana, donde está el Fuerte Bulnes, sino en ese paraje bello y apacible, abrigado de todos los vientos «si no del sueste que aquí vienta poco», con dos pequeñas y hermosas ensenadas, cada una con «agua dulce y sana, corriente» y entre ambas, el «gracioso puerto para cargar y descargar bateles».

Lugar solitario, paz de campo santo -como que lo ha sido- acogedor y sobrecogedor a la vez, sólo visitado de vez en cuando por algún excursionista y por una que otra chalupa o cúter que busca refugio del mal tiempo en el Estrecho en las mansas aguas de sus puertos, y que es conocido con el consolador nombre -regazo cariñoso- de Bahía Buena; sí, Bahía Buena o el puerto de San Blas.

Quédese el terrífico nombre de «Puerto del Hambre» donde está asignado en los mapas. Una rectificación nos parecería sacrilegio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo